

## **Despertando ramas de noche a noche: memoria de la Universidad del final del franquismo**

A Eugenio de Nora y a los hombres que nunca fueron niños

*"...Y en tu infinita noche, álcese  
un viento dulce, despertando ramas..."*

Con estos versos se abre una página dedicada a Eugenio de Nora en la Red; e inmediatamente consideré que eran esas las palabras justas con las que debía empezar, hoy, mi intervención; pues eso es lo que voy a hacer a lo largo de estos veinte minutos, en este sencillo homenaje a Eugenio de Nora, a quien sustituyo, y a toda su generación, que es la de mi padre (y la de Marcos Ana, o Nicolás Sánchez Albornoz, aquí presentes, también); despertar ramas de la memoria en su nombre, y transmitir lo que vi, y, en parte, viví; para que, en esta otra noche, que, a algunos, nos parece sempiterna, los más jóvenes despierten –quizás–, un día, otras ramas; y el testimonio, como un susurro, o como un grito (¿quién sabe?), se deslice de noche a noche, hasta la llegada del día –por fin–; que, acaso, sea –incluso– “nuestro día”.

Por eso, entre todos los poemas adecuados para esta ocasión, he elegido éste, titulado “Futuro envejecido” (tomado de *"España, pasión de vida" 1945-1950*), que les leo a continuación...

### *FUTURO ENVEJECIDO*

*Los niños, muchos niños, piden techo,  
lloran alma, tiritan sin rencor.  
Acaso está lloviendo, acaso hubo  
la naranja que no alcanzó su mano,  
o el frío, o las muchísimas estampas  
que no vieron jamás. O los zapatos  
que están rotos...*

*La letra jota de jugar, jardín,  
las letras de alegría que arden solas,  
¿dónde yacen? Quisiéramos saber...*

*Los niños quieren recobrar su edad.*

*Una concha y un pan, un monigote,  
bastan, mas ¿dónde están? No veo el rostro  
de esos niños debajo de su cara:  
veo un disfraz registrador que suma  
tiempo, y tiempo de adultos, tiempo y duelo,  
dolor y hasta un final... que escaparíamos, oh Dios,  
qué hacer, qué haríamos, esto  
es demasiado, esto no puede ser...*

*Nosotros, antes, indudable, muchos  
ya no tuvimos casi juventud; había  
sin Instituto tanto que aprender,  
tanto que ver en serio, ojos redondos;  
y además qué más da, si era estupendo  
vivir ya de verdad... Cumplidos hombres  
de doce años entonces... Nos mataron  
al muchacho. Fue triste, pero un niño  
está siempre en nosotros.*

*Esto ahora...*

*Qué extraña la vejez si no hubo vida.  
Qué edad terrible, adulta sin edad.  
¡Qué hacer, digo; qué hacer! Rebotan, vuelven,  
aun con rumor de guerra, tierno César  
Vallejo, las palabras de aquel llanto:  
¡Ah! ¡Desgraciadamente, hombres humanos,  
hay, hermanos, muchísimo que hacer!  
Mucho, mucho, ¡así es!*

Por qué he elegido este poema precisamente; porque este poema es mi padre, es lo que mi padre me ha repetido muchas veces, desde que fui lo suficientemente mayor como para recibir su memoria... A él, no le castigaba, ni le recomía, tanto el hecho de que hubiesen matado a su padre –mi abuelo– del modo más lastimoso, y casi en su presencia, cuando él contaba tan sólo doce años de edad (como en el poema: la edad de la pérdida); ni el millón de muertos de la Guerra; ni la destrucción y la frustración histórica que supuso; ni los miles de asesinados y cautivos; ni el hambre; ni las humillaciones infligidas a su madre, a él mismo, y a los vencidos... Lo que realmente le castigaba, y le recomía, era el hecho de que le hubiesen robado su infancia y su juventud, que vale decir la vida; y vivir –como dice el poema– una vida mutilada, amputada de raíz.

Por eso, he dedicado esta breve disertación, medio improvisada, “a los hombres que nunca fueron niños”, pues, de alguna manera, yo pertenezco a la generación que vivió esa niñez y esa juventud plena que a ellos les robaron; una generación que entrevió el final del túnel, y que, por unos años, creyó tener el mundo en sus manos, la culminación del sueño y el ajuste de cuentas, aunque al final no se cumpliera ese sueño, y no se haya terminado de ajustar esas cuentas que, tal vez, ya jamás sean pagadas.

Me explico, cuando mi generación llegó a la Universidad, a principios de los años setenta, protagonizó los años más intensos de la resistencia antifranquista universitaria, en general; y estudiantil, en particular. A los más jóvenes, les recomiendo que consulten en la Red la página en la que se encuentran los trabajos realizados por los alumnos de la asignatura “Historia de Madrid en la edad contemporánea”, de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, durante el curso 1998-1999; impartida por Luis Enrique Otero Carvajal, profesor titular de Historia Contemporánea. En concreto, el trabajo titulado: *La universidad antifranquista en los años setenta*, de Lucía Luengo Martínez y María Serrano Giménez; pues, a pesar de algunas lagunas y de algunas cuestiones de matiz, es un repaso útil y muy informativo de la Universidad en ese periodo de aparente transición y cambio.

En él se afirma que la universidad española de los años setenta “era una *fábrica de antifranquismo*”. Y, en parte, es verdad.

La mayoría de los estudiantes universitarios, es cierto, veníamos de las “clases medias del régimen”, y no teníamos apenas información acerca de la situación política y social que vivía nuestro país; así, cuando yo vi, por primera vez, las pintadas en mi barrio sobre alusivas al “proceso 1001”, no sabía, ni me imaginaba siquiera, qué podía significar aquella misteriosa cifra; o cuando Carlos París nos contó a los jovencitos que llegamos al Departamento de Filosofía, el día de nuestra bienvenida, uno de los chistes de Forges, muy pocos de nosotros sabíamos quién era, y, en realidad, nos reímos por cortesía y timidez; o ¿qué decir de nombres como el de Santiago Carrillo o el de Fernando Claudín?; no tenía ni idea de quiénes podían ser... Pero, como las autoras del trabajo dicen, la atmósfera, el ambiente que se respiraba era el de un “ansia incontenible de libertades...” Libertades que estaban constreñidas por doquier; lo que conducía inevitablemente a la rebeldía, primero, y en muchos casos, aunque no tantos como puede parecer ahora, “directamente a la práctica política”.

*“... Todo solía empezar por una cuestión estrictamente académica, la obtención de parciales liberatorios, elección de delegados de curso y facultad, el reconocimiento de estos como interlocutores válidos... propuestas muy moderadas. Pero cuando llegados a este punto, los estudiantes se encontraban con la oposición tajante y autoritaria de los catedráticos y rectores y la brutalidad indiscriminada de las Fuerzas de orden público, la politización del conflicto, mediante la petición de ‘amnistía y libertad’ se hacía inminente...”*

“Manifestaciones, jornadas de lucha (como el encierro y la ocupación durante dos días del edificio que fue luego la primera sede del parlamento madrileño, en la calle San Bernardo, a la altura de Noviciado, por más de doscientos estudiantes de esta Universidad, tras el hundimiento del vestíbulo central de Secretaría de esta Facultad), asambleas (cientos de asambleas), recitales (me viene a la memoria aquel extraordinario Festival de los Pueblos Ibéricos, el mismo día de los crímenes de Montejurra), conferencias (como la de Fernando Lázaro Carreter, en el pabellón deportivo, ante más de mil estudiantes y profesores, corrigiendo a mi querido compañero Miguel Astasio, ya desaparecido, mientras la Universidad permanecía cerrada por orden gubernativa), proyección de películas, actividades de propaganda”; o aquellas largas conversaciones y discusiones interminables, sentados en las escaleras del Departamento (como aquel entrañable grupo de compañeros, al que yo llamaba el “club de los cuervos”, en el de Lengua, con los que aprendí nombres, fechas, libros e ideas inestimables); o en las cafeterías: cerradas y separadas entonces –como todas las facultades lo estaban por cadenas y candados– por muros y tabiques, que más de una vez se demolieron, y volvieron a levantarse... Todo confluía en lo mismo, un deseo incontenible de libertad, de finalizar con aquel régimen viejo, antiguo y casposo cuyo vértice era, precisamente, un viejo pequeñito y temblón que sólo hacía inaugurar pantanos y pescar... Y cuya *concreción* eran unos energúmenos vestidos de gris, y unas autoridades caducas, y tan antiguas y casposas, como el mismo Régimen que no entendíamos siquiera (igual que no entendíamos ni nos interesaba aquella asignatura impartida por funcionarios falangistas llamada Formación del Espíritu Nacional, en el instituto: con aquel Fuero de los españoles, aquella “democracia orgánica”, la familia, el municipio y el sindicato; ni cuando nos proponían a Queipo de Llano como autoridad literaria...)

Sin embargo, y esto es lo más importante que puedo aportar hoy aquí, especialmente a los más jóvenes, considerado de modo objetivo aquel periodo final de resistencia, y tomada una auténtica perspectiva histórica, en realidad, el enemigo no era aquel ser decaído, tembloroso, “Caudillo de España por la gracia de Dios”, ni siquiera lo eran sus fieles más acérrimos, esa derecha fascista ultramontana, de origen falangista o católico, que aún mantenía en pie unos rituales y unos decorados raídos y cutres de un régimen ya del pasado (ni siquiera en su formulación más violenta: como aquellos energúmenos de Fuerza Nueva, o los Guerrilleros de Cristo Rey; o los asesinos de Carlos González; o aquellos que estuvieron detrás de las de Arturo Ruiz, o la de Mari Luz Nájera, estudiantes muertos en las calles, compañeros míos, a los que rindo tributo; junto con las decenas de trabajadores y militantes que murieron aquellos años); no, considerado de modo objetivo y material, el auténtico enemigo era otro, y anunciaba el futuro; eran los fundadores de esta Universidad, o los gestores de la primera ley *moderna* de educación de este país (la Ley General de Educación, de 1970; la que se conoció como la ley Villar Palasí: con financiación, y no es casualidad, del FMI); era una extraña amalgama; eran los llamados *tecnócratas* del Régimen, aquellos del “crepúsculo de las ideologías” (el libro de Gonzalo Fernández de la Mora es de 1971), tan cercanos –y no por casualidad– al Francis Fukuyama del “fin de la historia”; eran los “nuevos demócratas”, tanto los que venían directamente del Régimen –*reconvertidos*, entre piruetas increíbles y gambitos de rey, a la “democracia liberal”–, como los que se habían criado a su sombra –predicadores de la *modernización*, y de la “asimilación a Europa”, a cualquier precio–; esto es, los constructores del Capitalismo en aquella España de “lo nuevo”, por el mero hecho de ser nuevo –incluso de lo *novísimo*: la antología de José María Castellet es, casualmente (¿?) de 1970–; profetas del *desarrollo*, equipado a capacidad de consumo, y del *destape*, como metáfora última y única de la libertad...

Hoy sabemos que la Ley General de Educación, de 1970, representó el primer “intento serio de adecuar la enseñanza española a las necesidades del desarrollo capitalista, adaptando las estructuras educativas a las necesidades de producción”.

La educación general de la población no tenía más objetivo que preparar a los trabajadores españoles para la “eficacia y el rendimiento”; por lo que se dio una importancia central a los “estudios técnicos”, y a la escuela “como transmisora de la ideología tecnocrática”, dadora de las titulaciones y certificados “necesarios para la entrada en el mercado de trabajo”, que buscaba y precisaba mano de obra abundante y cualificada para el desarrollo del sistema que se estaba constituyendo en plenitud (¿les suena esto a algo? ¿Tal vez, a algo relacionado con la bella ciudad de Bolonia?).

Dicho de otro modo, el verdadero enemigo no era Franco, eran los artífices de la España *democrática*, que finalmente prevalecieron y ganaron –como no podía ser de otro modo– la partida, por una parte, a aquellos que venían de lejos: o del exilio, o de las cárceles; y, por otra, a aquellos jovencitos que soñamos, por un breve espacio de tiempo, unos pocos años, los que yo viví en este campus, precisamente, que la *ruptura* con el pasado, o el Socialismo, o, en su caso, una auténtica Democracia del pueblo, o una Universidad crítica y paritaria, eran posibles; antes de que llegase el silencio –impuesto y auto/impuesto– pactado, y, con él, la desmemoria; es decir, mientras se decidían las condiciones de la rendición (de nuestra rendición, entiéndase); lo que entonces se llamó, y hoy conocemos, como Transición o Reforma democrática... Antes

de que se constituyese pletórico y único este sistema de compra/venta en que hoy vivimos y a lo que llamamos “democracia avanzada”.

Sí, hubo un sueño, y hubo unos jóvenes que lo vivieron, aunque fuese de modo tan efímero; y gozaron de su plenitud; yo lo viví, y como se lo ofrecí a mi padre, se la ofrezco hoy a Eugenio de Nora y a Marcos Ana, y a todos a los que se les robó su infancia y su juventud, que vale tanto como decir, sus vidas.

Y para terminar leeré los versos finales del poema titulado “Testimonio”, de *Pueblo cautivo*, del mismo Eugenio de Nora

*“Y entre tantos oficios yo soy aquel que mira,  
Aquel de quien se pide que atestigüe y declare”*

Atestiguar, al menos, declarar, transmitir la memoria a los que están naciendo a esta misma realidad: eso hacemos aquí, estos días. Gracias.